

**FRED  
VARGAS**

**LA  
HUMANI-  
DAD  
EN UN MANIFIESTO  
PELIGRO**

El Ojo del Tiempo Siruela

Edición en formato digital: febrero de 2020

Título original: *L'humanité en péril*

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Fred Vargas Flammarion, Paris, 2019

© De la traducción, Anne-Hélène Suárez Girard

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-18245-08-4

Conversión a formato digital: María Beloso

Pero, maldita sea, ¿en qué atolladero he ido a meterme? ¿Cómo lo voy a hacer para salir airosa de esta tarea descabellada, de esta idea peregrina de hablarles sobre el futuro de la vida en la Tierra? ¿Cómo voy a salir de esta? No tengo la menor idea, y ustedes tampoco.

Solo hay una cosa que sé, y es dónde empezó todo. Y, ahora que ha empezado, lo ha hecho con tanta violencia que no logro detener el movimiento, la vorágine, el no-sé-qué que me empuja impetuosamente a seguir adelante sin pedirme mi opinión. A pesar de ello, sospecho que habrían preferido que sacara una novelita policiaca bien entretenida. Lo haré más adelante, lo prometo, pero no ahora; no puedo. Una especie de necesidad imperiosa me impulsa con furia a escribir este libro.

Sé cómo empezó, y, para colmo, a partir de muy poca cosa. Hace diez años, redacté un texto muy breve sobre ecología. Tampoco era nada del otro mundo. Poco después, me enteré, a través de unos amigos, de que ciertos fragmentos habían sido impresos en camisetas en China, en Brasil, y que incluso se habían escrito obras de teatro sobre la cuestión. Eso me sorprendió y me hizo gracia. Pero la cosa no quedó ahí. Cuando, en lo más profundo de una densa y silenciosa noche... [no, perdón, me he equivocado de frase; rebobino]. Cuando, día tras día, me fueron informando por todas partes de que este

texto, extrañamente incombustible, se paseaba por Facebook abriéndose camino por el mundo [¡vaya! Yo no tenía nada que ver con eso; se lo aseguro], y más tarde me avisaron de que lo iba a leer Charlotte Gainsbourg en la inauguración de la COP24, en diciembre de 2018 [¡un texto con más de diez años! Claro que, al ritmo que llevan las COP, que en todo este tiempo no han llegado a aportar un solo progreso, mis modestas líneas seguían siendo de actualidad]. Es entonces cuando, en lo más profundo de una densa noche [esta vez, de verdad], concebí el proyecto [pero ¿qué mosca me ha picado?] de elaborar un texto de la misma índole, pero un poco más largo, de unas cincuenta páginas [no más, para no dormir al lector], sobre el futuro de la Tierra, de la vida en el planeta, de la humanidad [nada menos...].

Hago aquí una pausa en esta génesis de un libro imposible para reproducir a continuación este breve texto con un destino tan singular, para que comprendan ustedes que, partiendo de una nimiedad, llegué a una enormidad desbordante. El texto data del 7 de noviembre de 2008:

Ya estamos; ya lo tenemos aquí.

Cincuenta años lleva esta tormenta amenazando en los altos hornos de la incuria de la humanidad, y ya la tenemos aquí. Ya estamos en el muro, al borde del abismo, como solo el hombre sabe hacerlo con brío, dándose cuenta de la realidad solo cuando le duele.

Al igual que la buena de nuestra vieja cigarra, a quien prestamos nuestras cualidades de despreocupación. Hemos cantado y bailado. Cuando digo «hemos», entiéndase que me refiero a un cuarto de la humanidad, mientras que el resto trabajaba con afán.

Hemos construido una vida mejor, hemos tirado al agua nuestros pesticidas, al aire nuestros humos, hemos conducido tres coches cada uno, hemos vaciado las minas, hemos comido fresas traídas de la otra punta del mundo, hemos viajado por todas partes, hemos llenado de luces las noches, nos hemos calzado zapatillas deportivas que destellan al andar, hemos crecido como población, hemos regado el desierto, acidificado la lluvia, creado clones; francamente podemos decir que lo hemos pasado bomba.

Hemos logrado cosas completamente despampanantes, muy difíciles, como derretir los cascos polares, introducir bichos genéticamente modificados bajo tierra, desplazar la corriente del Golfo, destruir un tercio de las especies vivas, hacer estallar el átomo, hundir residuos radioactivos en el suelo..., sin que nadie se entere. Francamente, nos hemos tronchado. Francamente, hemos disfrutado de lo lindo. Y nos gustaría seguir, porque, si hay algo que está claro, es que es mucho más divertido meterse en un avión con deportivas luminosas que escardar para sembrar patatas. No cabe duda.

Pero ya tenemos aquí la Tercera Revolución, que se diferencia notablemente de las dos primeras —la Revolución Neolítica y la Revolución Industrial, para hacer memoria— en que no hemos sido nosotros los que hemos decidido emprenderla.

«¿Estamos obligados a hacer la Tercera Revolución?», preguntarán algunos espíritus reticentes y mohínos.

Sí. No tenemos elección; ya ha empezado; no nos ha pedido nuestra opinión. Lo ha decidido la madre Naturaleza, después de habernos dejado amablemente jugar con ella durante décadas. La madre Naturaleza, agotada, mancillada, exangüe, nos cierra los grifos —los del

petróleo, los del gas, los del uranio, los del aire, los del agua...—.

Su ultimátum es claro y despiadado: o me salváis, o palmáis conmigo (salvo las hormigas y las arañas, que nos sobrevivirán, porque son muy resistentes y, por lo demás, poco proclives al canto).

O me salváis, o palmáis conmigo. Está claro que, dicho así, uno entiende que no hay opción, obedece de inmediato, e incluso, si tiene tiempo, presenta sus disculpas, azorado y avergonzado. Algunos, los que son un pelín soñadores, tratan de conseguir una prórroga, de divertirse un poco más con el crecimiento.

Pero es inútil. Hay mucho que hacer, más de lo que la humanidad haya hecho nunca:

Limpiar el cielo, lavar el agua, fregar la tierra, dejar de usar el coche, detener la energía nuclear, recoger a los osos polares, apagar antes de salir, velar por que haya paz, contener la avidez, encontrar fresas al lado de casa, no salir por la noche a arrancarlas todas, sino dejar una parte para el vecino, volver a la navegación a vela, dejar el carbón donde está —ojo, no caigamos en la tentación de volver a utilizar carbón, mejor dejemos el carbón en paz—, volver al uso del estiércol, mear en los campos [para producir fósforo, que ya no queda, porque lo hemos extraído todo de las minas; está claro que nos lo hemos pasado bien].

Esforzarse, reflexionar incluso. Y, sin ánimo de ofender al emplear un término caído en desuso, ser solidarios con el vecino, con Europa, con el mundo.

Colosal programa el de la Tercera Revolución... No hay escapatoria; vamos allá. Cabe señalar que recolectar boñigas —y esto es algo que todos los que lo hayan hecho alguna vez lo saben— es una actividad profundamente satisfactoria que no impide en modo alguno cantar y

bailar cuando cae la noche; no es incompatible con ello, siempre y cuando haya paz, siempre y cuando contengamos el regreso de la barbarie, otra de las grandes especialidades del hombre, la más lograda de todas, probablemente.

Solo a este precio llevaremos a cabo con éxito la Tercera Revolución. A este precio podremos bailar, de forma distinta sin duda, pero podremos seguir bailando.

Ya lo ven, no era nada del otro mundo. Y así fue, en lo más profundo de una densa noche, como la idea de un librito de la misma ralea me pareció totalmente factible, y hasta ilusionante, incluso exaltante, si podía ser de alguna modesta utilidad. Factible porque creía ser una entendida en cuestiones de medio ambiente, ya que me venían preocupando desde la edad de veinte años. Sabía, naturalmente, que tendría que llevar a cabo unas cuantas investigaciones, pero, gracias a mi experiencia como investigadora, eso no era algo que me inquietara. Consciente, asimismo, de que sabía juntar dos palabras, el trabajo de escritura tampoco me quitaba el sueño.

Ni corta ni perezosa, al día siguiente inicié la fase de documentación —que calculaba, ingenua de mí, que me llevaría cosa de una semana—, con la mente bastante despejada y un tanto enardecida. Pero se fueron sucediendo las semanas, rebotando de tema en tema, de asunto en asunto, todos indispensables, desde la sardina hasta el protóxido de nitrógeno, pasando por el metano y el deshielo, enfrascándome en un trabajo tan frenético que olvidaba la hora, la compra, los correos electrónicos, la colada y *tutti quanti*, a excepción de la comida —eso no—, que engullía tarde y a toda prisa. Fueron unas semanas frenéticas que me enseñaron que en realidad no sabía casi nada, salvo, como cualquiera de nosotros, la

capa superficial de las cosas. El medio ambiente, los seres vivos, la humanidad se me presentaban con aspectos nuevos y sombríos, múltiples facetas, complejas e imbricadas unas con otras, en las que yo iba hurgando tanto como me era posible —pues es mi naturaleza de arqueóloga—. Puedo garantizarles que, en esas cavernas, pasé a menudo muy malos ratos, *desmelenada, lívida en medio de las tempestades* [cita esta del gran Victor Hugo, que nunca viene mal], o, dicho con más sobriedad, sentada solita en la silla de mi cocina, alelada. Pero, ojo, ni por un segundo dejé de buscar al mismo tiempo de manera desenfrenada —neurótica incluso, por qué no decirlo— todas las acciones posibles, acciones ya puestas en marcha o pendientes de poner en marcha, o de eclosión próxima, pues forma parte de mi naturaleza el aspirar intensamente a *resolver* las cosas. En una novela policiaca, no hay nada más simple, dado que hago trampa; conozco el crimen *a priori* y, por lo tanto, no me cuesta nada encontrar la solución, pero, en lo referente a lo vivo en la Tierra, me encontré estupefacta frente al crimen más gigantesco que jamás se haya podido concebir. Todavía no me atrevo a nombrarlo, sino que retrocedo, porque —como decía muy acertadamente mi padre— *nada existe antes de haber sido nombrado*. Así, cuando les haya descrito y *nombrado* los trescientos tentáculos de ese crimen espantoso, nunca los olvidarán, porque existirán, duramente sin duda. Pero en contrapartida, cuando les haya descrito y *nombrado* todas las acciones posibles, tampoco las olvidarán. También ellas existirán, y ya no nos abalanzaremos sobre unas fresas tratadas con pesticidas, traídas de los confines del mundo en pleno invierno mediante una buena cantidad de fuel.



¡Y, qué diablos, no vamos a dejar que se produzca ese crimen monstruoso! En cualquier caso, no con la amplitud que prevén todos los científicos ante *la inconcebible inercia de nuestros dirigentes*, cuando todos ellos llevan cuarenta años bien informados sobre el cataclismo que se nos viene encima —mucho mejor informados que nosotros—. Desde el Protocolo de Kioto (1997), ¡los 30 últimos años de lucha contra el calentamiento global ni siquiera han permitido invertir la curva de las emisiones de gases de efecto invernadero! ¡Ni siquiera estabilizarlas! De COP en COP, de Cumbre en Cumbre, de Conferencia en Conferencia, ¡se han hecho numerosas promesas y se han presentado numerosos compromisos (¡no vinculantes!) mientras la temperatura seguía ascendiendo y la situación de los seres vivos seguía empeorando a velocidad creciente! Hablemos un poco de esa inercia inconcebible y enigmática.

Durante demasiado tiempo hemos creído en la movilización y en los esfuerzos de los dirigentes. Durante demasiado tiempo hemos confiado en ellos. Durante demasiado tiempo hemos pensado que «iban a hacer algo» y que nuestros problemas se arreglarían. Durante demasiado tiempo hemos puesto nuestro destino en sus manos inertes (¿sus manos?).

Precisamente. No olvidemos que los gobernantes andan cogidos de la mano y entrecruzando los dedos con las multinacionales —¿paralizados por ellas?— y los mayores *lobbies* del mundo, los *lobbies* del sector agroalimentario, los *lobbies* del transporte, los *lobbies* de la industria agroquímica, los *lobbies* de la industria textil, por no mencionar más que unos pocos, de sobra los conocen ustedes. Y se cierran en banda frente a cualquier ataque a su inmenso poder, es decir —y la siguiente es la palabra clave de la catástrofe—, frente a cualquier ata-

que al **dinero**, al más y más **dinero** —el de ellos; no el nuestro—. Y, para que el dinero siga entrando a raudales, acrecentándose cada vez más sus billones casi exentos de impuestos, o colocados a buen recaudo en paraísos fiscales, hace falta **crecimiento**, que es el segundo término clave. Para que el crecimiento persista y aumente, es preciso que la gente compre, y consuma, de todo y de cualquier manera, pero cada vez más.

Hago una separación absoluta entre **Ellos** —que abarca a nuestros gobernantes aparentemente impotentes y a los industriales multimillonarios a la cabeza de *lobbies* que los tienen bajo su control— y **Nosotros**, nosotros, la gente, los pequeños, los grandes, los medianos, los burgueses, los de izquierdas, los de derechas, qué más da; en definitiva, nosotros, la gente. Y para Ellos, «la gente» parece representar una especie de masa anónima, y no lo que somos en realidad: una suma de miles de millones de individuos diferentes y pensantes. Desde hace cuarenta años, y a pesar de ser conscientes de lo que está en juego, nos ocultan lo que deberíamos haber sabido, de modo que hemos seguido avanzando a ciegas, inconscientes y crédulos.

Nos lo ocultan, guardan en secreto los múltiples detalles sobre el estado del mundo, y yo no sabría decir honestamente si lo hacen a propósito, con el fin de no causar un miedo (¿un pánico?) que pueda provocar una contracción del mercado y un hundimiento de los bancos, o bien si es por efecto de un inmovilismo, de una parálisis, de una especie de anestesia procedente de un sistema capitalista mundial del cual no saben desprenderse. Las dos cosas probablemente. Aun así, la desinformación —voluntaria o pasiva— de la gente, en el mundo entero, es una falta gravísima. ¿Recibimos en nuestros buzones o en nuestro correo electrónico folletos remitidos por el

Estado destinados a alertarnos acerca de tal o cual aspecto de la situación del mundo, instándonos a adoptar tal o cual tipo de comportamiento? Nunca, y este inconcebible silencio es intolerable.

Cabe señalar, en el caso de Francia, que el primer ministro Édouard Philippe habló con frecuencia en público en 2017 (ante la Asamblea Nacional) y varias veces en 2018 (el 28 de junio en Châlons-en-Champagne, el 4 de julio en el Museo Nacional de Historia Natural) sobre uno de sus libros predilectos, *Colapso*, de Jared Diamond<sup>1</sup>, que plantea la cuestión de la transformación del mundo, la misma cuestión a la que alude el presidente Emmanuel Macron en un vídeo de YouTube del 24 de marzo de 2018. Sin embargo, si bien nuestros dirigentes (en Francia) son a todas luces conscientes, y han manifestado que sienten que dicho problema les concierne, e incluso les preocupa (aunque hay que buscar en internet para encontrar esos extractos<sup>2</sup>), no han mencionado ningún plan ni medida alguna para poner en marcha esa transformación que debe entrar en vigor lo antes posible, de modo que hasta la fecha todo parece seguir como antes...

Naturalmente, la gente podría pasar cientos de horas rebuscando en internet o en revistas científicas de divulgación, así como en las asociaciones, institutos y universidades que publican esos datos. Pero ¿quién va a hacerlo? Y ¿de dónde sacaría el tiempo para ello?

Es verdad que, buscando bien y para ser honesta, existe en internet información en páginas de los Ministerios de la Salud o del Desarrollo Sostenible, que suelen referirse a datos ya un poco antiguos y resumen los compromisos contraídos. He aquí un ejemplo de uno de esos resúmenes sobre las «emisiones de gases de efecto invernadero»: «De origen natural, el efecto invernadero ha

ido amplificándose desde el inicio de la era industrial, con la combustión de energías fósiles —que liberan dióxido de carbono (CO<sub>2</sub>) en la atmósfera—, la ganadería intensiva (fuente de metano y de protóxido de nitrógeno), la producción de halocarburos refrigerantes... La Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, el Protocolo de Kioto, el comercio de derechos de emisión de la Unión Europea y el plan climático nacional tienen como objetivo estabilizar o reducir las emisiones de gases de efecto invernadero<sup>3</sup>». Y ya está, eso es todo. Luego hay que hacer el esfuerzo de ir a buscar información más concreta en los subtemas que propone la página, «cifras clave del clima en Francia, Europa y el mundo». Uno tiene esperanzas, y allá va. Por ejemplo: «Igual que a escala mundial, la evolución de las temperaturas en la Francia metropolitana muestra un claro calentamiento desde 1900. Dicho calentamiento ha seguido un ritmo variable, con un aumento particularmente marcado desde la década de 1980. 2016 fue de nuevo un año caluroso, que sobrepasó en 0,5 °C la media anual de referencia (1981-2010), pero ese año no presenta un carácter excepcional a escala de la Francia metropolitana, y se clasifica en 10.<sup>a</sup> fila, muy por detrás de 2014<sup>4</sup>». Un poco de autosatisfacción y sobre todo nada de alarmismo, ¿no les parece? Da la impresión de que el temor de preocupar a la gente lastra estos informes. Luego hay un recordatorio muy banal de las proyecciones del IPCC (acrónimo del Intergovernmental Panel on Climate Change, o Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático) —¡con fecha de 2014!, y *eso que se trata de la edición ministerial de 2018*—: «Esos perfiles corresponden a esfuerzos más o menos grandes de reducción de las emisiones de GEI (gases de efecto invernadero) a nivel mundial. A partir

de estos últimos, se han elaborado simulaciones climáticas y escenarios socioeconómicos». Sí, ya lo sabíamos. Pero ¿qué escenarios y para qué fecha? Acerca del deshielo, encontramos la conclusión más evasiva posible: «Pese a numerosos progresos en los últimos años, los modelos de previsiones referentes al deshielo poseen todavía grandes márgenes de incertidumbre». Pero nosotros veremos, pueden estar seguros, qué pasa con esas supuestas «incertidumbres»<sup>5</sup>.

En ese largo documento ministerial —que la mayoría de nosotros abandonaría rápidamente a media lectura por lo inconsistente que resulta—, donde se trata fundamentalmente la cuestión de los gases de efecto invernadero, ¡hay solo dos o tres líneas sobre la agricultura industrial, y no hay ninguna presentación de la totalidad de los gases de efecto invernadero ni, menos aún, sobre su poder de calentamiento ni sobre la duración de su permanencia en la Tierra! En definitiva, son unos textos de desconcertante vacuidad, que no nos dicen estrictamente nada sobre los riesgos inmensos que corre la vida en el planeta en un futuro próximo. Son datos y curvas deficientes y gráficos sin alerta alguna, sin la menor precisión sobre los efectos de las proyecciones más pesimistas del IPCC.

Es increíble. Sin embargo, en lugar de desanimarme, le echo un vistazo al ámbito tan crucial de la ganadería y la agricultura: no, nada. Impresionante, ¿no? Tecleo «ministerio metano»: tampoco, salvo una única página que alaba los méritos de la metanización<sup>6</sup>. Hago una última comprobación sobre los terribles gases fluorados. Ah, un documento que, por lo menos, señala (aunque muy rápidamente) su peligrosidad y da una cifra: «Los gases de efecto invernadero fluorados objeto de nuestro estudio (PFC, SF<sub>6</sub> y HFC) son responsables del calentamiento

global. A modo de ejemplo, la desgasificación en la atmósfera de 1 kg de HFC-134 tendrá el mismo impacto en el clima que 1.300 kg de CO<sub>2</sub>, o el mismo impacto que un recorrido de 10.000 km en coche». Luego se pasa rápidamente a la normativa internacional y nacional y a la «sustitución de los HFC». Uno sigue teniendo esperanza, busca, se siente cada vez más decepcionado: «Ya existen numerosas alternativas, que incluyen fluidos conocidos desde hace tiempo: el CO<sub>2</sub>, hidrocarburos, amoníaco (NH<sub>3</sub>)...». Los puntos suspensivos, bastante relevantes, no son míos, y las sustancias citadas no son muy ecológicas. Eso es todo. Aun así, dan un consejo (aunque hay que buscar más lejos para encontrarlo): «El Ministerio de Medio Ambiente ha publicado un folleto de comunicación para informar a los dueños de equipos de refrigeración/climatización y para dar buenos ejemplos de sustitución destinados a las empresas<sup>7</sup>». Muy bien, obedezco, soy buena ciudadana, allá voy. (Sí, pero ¿quién va a hacer todo este trabajo para no obtener, al fin y al cabo, ninguna visión precisa de futuro? ¿Quién va a lanzarse en busca de esas páginas y leer todo eso?). Encuentro un documento muy largo y críptico en el que descubro que «El Reglamento F-Gas de la Unión Europea sobre los gases fluorados va a imponer una adopción a gran escala de las tecnologías respetuosas con el medio ambiente para los nuevos equipos y productos de aquí a 2030», que «La reducción progresiva de los HFC va a imponer una transición casi completa hacia nuevos equipos sin HFC en casi todos los sectores de aquí a 2030», y que «Las decisiones referentes al calendario de reducción pos-2030 serán tomadas mucho antes de 2030»<sup>8</sup>. Eso es todo. Ni un atisbo de precisión sobre esos «nuevos equipos y productos», y nada, una vez

más, sobre los efectos de esos gases en el futuro del mundo.

Se me caen los palos del sombrero. Perdonen por este largo pasaje, tremendamente aburrido —eso es indudable—, a través de las páginas web ministeriales, pero, por honestidad, tenía que hacerlo. También he tecleado ministerio/urgencia/transición ecológica/peligros medio ambiente, etc. El resultado ha sido nulo. Ahora ya está claro. No me equivocaba al hablar de «desinformación», desinformación que no sé, como ya he dicho, si es intencionada o si está sujeta a una forma de obrar que no se sabe cómo frenar. He de decir que he salido bastante aterrada de esas páginas oficiales, y estupefacta por la concisión y la imprecisión de que hacen gala.

A esa desinformación se añade la presión considerable de la publicidad, avasalladora, continua, de la que nadie puede escapar. Nos bombardea, nos sitia, nos aplasta. Y ¿qué nos repite de forma machacona? *Compre esto, compre lo otro, y así será usted feliz.* Dígame, en los últimos cuarenta años, ¿hemos visto alguna publicidad que nos incite a la moderación? ¿Hemos visto alguna vez publicidad que diga «Ahorren agua», «Coman menos carne», «Reduzcan el uso de plástico»? ¡Nunca! En cambio, beber un trago de café lo transporta a uno de inmediato a un mundo fantástico, sembrado de purpurina de oro; usar una gota de perfume la transforma a una en una belleza tan deseable que los hombres se arrastran a sus pies. ¿Y el tipo que conduce un coche? Usted conoce de sobra a ese tipo que entra en un mundo de dicha apenas toca el volante. Habrá observado que siempre conduce solo por una carretera desierta en medio de un paisaje espléndido, y nunca atrapado en embotellamientos durante dos horas. Lo mismo hace toda la publicidad, vende un sueño ficticio e inaccesible. No porque lo crea-